

NOTAS DE FILOSOFIA

EL PROBLEMA DE LA CIUDAD ACTUAL SEGUN LE CORBUSIER

P. ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS

En diciembre de 1924 publicó Le Corbusier una obra titulada *URBANISME*, y en abril del año 1967 esta misma obra es publicada en versión italiana por la editorial *Il Saggiatore*, de Milán. Tal reimpresión, al cabo de casi medio siglo, indica que algo hay en la obra que resiste al tiempo. Tratándose de un tema, como el urbanístico, que ha sufrido en los últimos tiempos los embates del progreso acelerado hasta el vértigo que todos conocemos, esta actualidad del trabajo presente indica que su autor escribió pensando en el futuro, y anticipándolo. Es conveniente hacerse cargo de su contenido, así como del estilo y temple que implica.

Le Corbusier se expresa aquí con plena conciencia de la gravedad extrema que entraña la cuestión del urbanismo—que tiene puesta a cara o cruz la vida de nuestras ciudades—, pero se dirige al lector con la amabilidad agrídulce del humor que mitiga—sin anularla—la aspereza de su diagnóstico incompasivo. Con estilo de carácter más bien narrativo, incidiendo en los mismos temas desde diversos ángulos y a diferentes niveles de hondura, el autor va exponiendo en abanico sus ideas acerca de la ciudad, sus problemas actuales, sus grandes riesgos y las posibles soluciones. La lectura de estas páginas deja de manifiesto que Le Corbusier estudió el tema a fondo, adueñándose de él hasta ese punto de

saturación en que es posible exponerlo con claridad y fuerza de sugestión. El autor se manifiesta aquí como un virtuoso de la técnica periodística de alto estilo que traduce a imágenes expresivas las ideas más áridas y abstractas y condensa amplios campos de razonamientos en las breves notas de un pie de fotografía. De este modo, todo un amplio estudio urbanístico con su carga inevitable de datos técnicos, cifras, planos, etc., adquiere el ritmo ágil y leve de un ensayo sociológico para el gran público.

LA CIUDAD, EL PODER Y LA GEOMETRIA

Le Corbusier entona un himno a la ciudad, como manifestación del poder que tiene el hombre para configurar el entorno e instaurar formas de convivencia extraordinariamente intensas. Una ciudad es la afirmación del hombre sobre la naturaleza, una verdadera creación que estimula el espíritu como todo lo auténticamente "poético". La ciudad, cuando se mantiene al nivel que corresponde al ímpetu espiritual que llevó al hombre a crearla, lo dignifica y eleva. Hoy día, sin embargo, todo nos hace sospechar que un grave desequilibrio está haciendo a las ciudades actuales indignas de nuestro tiempo. ¿Dónde radica la causa de este alarmante fenómeno? Sin la menor vacilación, el autor culpa al des-

orden de los gravísimos problemas que plantea a la ciudad actual el progreso técnico.

El orden—o primado de la Geometría—es fuente de dominio y capacidad expresiva. El caos es silencio de mudez; el orden es palabra cargada de significación. Por eso los griegos expresaban con una misma palabra—*logos*—el pensar y el decir.

Bien vistas las cosas, la época actual se asienta por completo en la Geometría, y su alimento es el orden. Cuando por una confluencia nefasta de circunstancias el orden se quiebra, todo el entramado enigmática y prodigiosamente complejo de la sociedad actual entra en peligro de disolución.

Resulta sorprendente observar que una civilización como la nuestra occidental tan apasionada por la exactitud—fuente de sus más resonantes éxitos—haya dejado a la ciudad correr su suerte hacia abismos de desorden y confusión que no pueden conducir sino a la asfixia de la vida social. Pues—reconózcase o no—la sociedad en este siglo tiene en gran medida el signo de la vida ciudadana, que potencia y en casos exagera las más altas capacidades humanas, poniendo al hombre al borde de su más alta gloria o de su abismal autoanulación. La ciudad posee la fuerza de un torrente de gran desnivel. Encauzado, es fuente de energía y de vida. Si cunde en él el desorden, no puede esperarse sino la desolación inherente al caos. ¿A qué se debe que la ciudad actual carezca del lecho necesario para dar cauce a las aguas desatadas de la cultura industrial moderna?

Le Corbusier, con irónico humor, ilustra el comienzo de su libro con una imagen muy significativa: "La calle del asno y la calle del hombre." "El hombre avanza derecho por la calle porque tiene una meta; sabe adonde va, ha decidido ir a un determinado lugar y se encamina al mismo por la vía más directa. El asno procede en zigzag (...) para evitar las piedras más grandes (...), para buscar la sombra." "Es el asno el que ha trazado la planta de todas las ciudades de Europa, incluso la de París" (pág. 21).

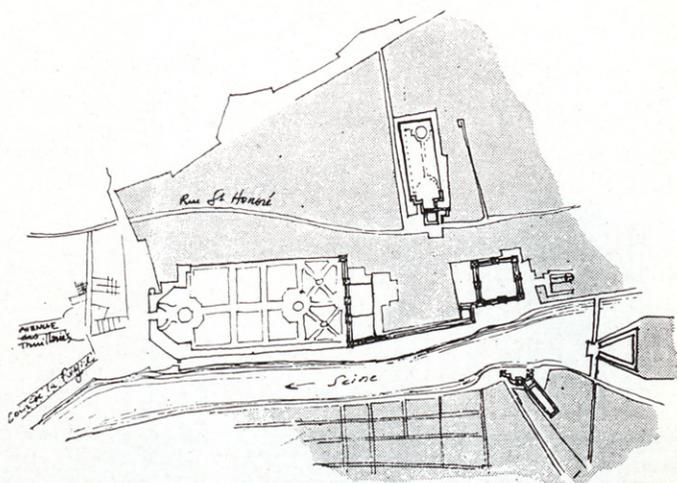
Esta falta de racionalización y, por tanto, de previsión hace que el desarrollo de la sociedad no signifique, como debiera, una crisis de sano crecimiento, un trauma de adolescencia, sino el advenimiento del caos, que prelude la muerte.

Le Corbusier insiste una y otra vez en que el hombre para moverse a la única escala en que está salvaguardada su dignidad, es decir, la escala humana, debe pensar con la mente, planificar, porque planificar es dominar el presente y el futuro, y toda forma de dominio debe buscarla el hombre en la fuerza soterrada de la Geometría.

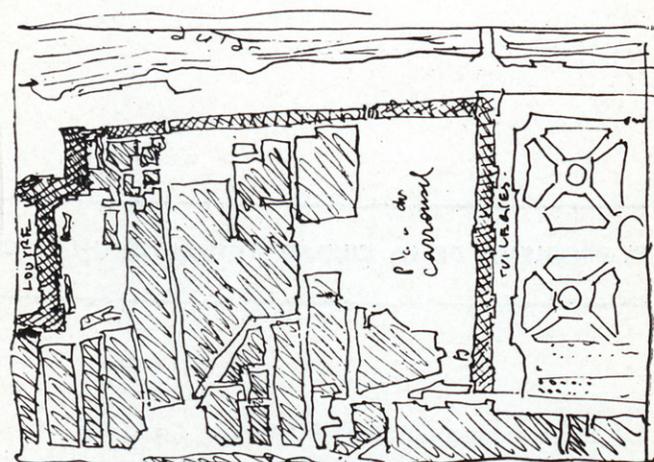
Los romanos, legisladores iluminados, colonizadores natos, emprendedores hábiles, buscaban lugares adecuados cabe un río, en la confluencia de las vías de comunicación, y, hecho esto, trazaban la ciudad a cordel, de modo rectilíneo y uniforme. Querían esquemas claros, ordenados, nítidos. A su índole severa se adaptaba muy bien la línea recta. Sólo en Roma, por ironía del destino, se impuso la línea zigzagueante del asno. Y las gentes pudientes decidieron más tarde construir con el debido orden la villa Adriana. Por esta atencencia a las normas de la Geometría, los romanos fueron—a juicio del autor—los únicos grandes urbanistas que tuvo Occidente—junto a la figura aislada de Luis XIV—.

Le Corbusier persigue ante todo en Urbanismo el recto cumplimiento de la función debida, en la conciencia de que todo lo de-

La obra de limpieza de París. Dibujos de Le Corbusier.



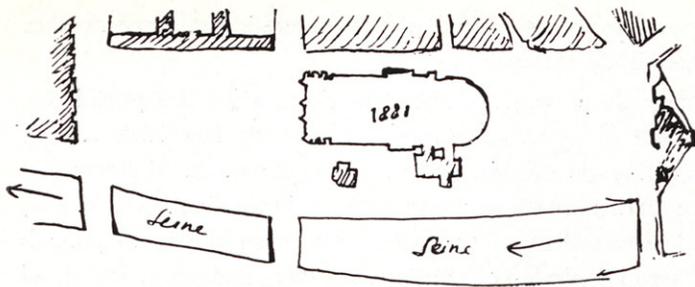
Una vez abierta la calle de Rivoli, se crea un espacio alrededor del Louvre.



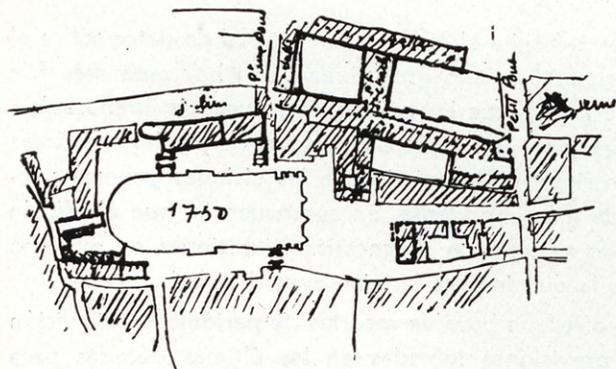
El Louvre queda, al fin, libre.



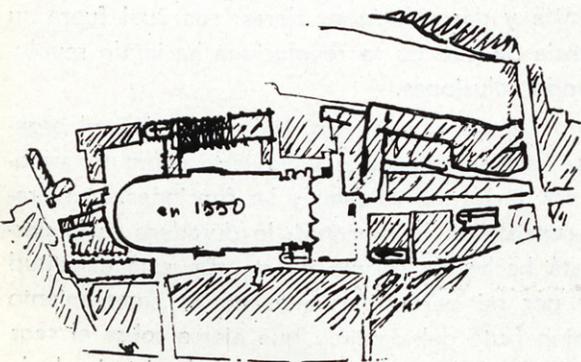
Se derribaron las casas sobre los puentes.



Liberada Nôtre Dame, toda la isla fue demolida y reconstruida.
Año 1881.



Año 1750.



Año 1550.

más—belleza, economía de medios, etc.—vendrá por añadidura. Nada extraño que se oponga decididamente al germano Camille Sitte, que propugna un criterio exclusivamente estético en la proyección y construcción de las ciudades. Aunque se muestre que la línea curva tiene mayores posibilidades estéticas que la recta, siempre será incuestionable que la buena marcha de la ciudad pende de ésta, mientras aquélla—la curva—tiene efectos paralizantes. La vía del hombre—afirma—es recta; tortuosa la del asno. La vía curva no hace sino adaptarse al entorno. La recta es fruto de la voluntad humana de dominar los problemas que plantea la convivencia en masa. Le Corbusier hace notar a quienes lo tildan de germanófilo por su defensa del orden que la línea curva es más germana que francesa, y en general la urbanística latina se funda, más bien, sobre la línea recta.

Para dejar constancia de su admiración por el orden, Le Corbusier reproduce al final de la Introducción las simples figuras geométricas que figuran en las pastas de las libretas escolares de los niños franceses.

EL ORDEN

El capítulo 2 se consagra plenamente al estudio del concepto clave de orden. Los fundamentos de la actividad humana—la casa, la calle y la ciudad—deben estar en orden para no entorpecer los movimientos del hombre, de modo semejante a como debe domarse la naturaleza para que sirva de medio y no de estorbo. El orden viene representado, sobre todo, por la línea y el ángulo rectos, que son modelos de pensar para el hombre y forman parte de su sistema de orientación. El espíritu—afirma Le Corbusier—despliega toda su potencia y grandeza cuando se expresa con el ángulo recto, signo tangible de perfección, sistema perfecto, único, constante, puro, capaz de elevarse, símbolo de la gloria... "El animal humano es, como la abeja, un constructor de células geométricas." La recta representa para el hombre una directriz natural e ideal.

La naturaleza en principio parece caótica, pero en su fondo late un orden interno que el hombre debe captar. De hecho, el hombre se siente incómodo, en una especie de situación penúltima, cuando no puede someter el entorno a una ordenación. El orden es indispensable al ser humano. Cuanto más se acerca el orden a la perfección, más seguro y en bienestar se siente el hombre.

Cuando un objeto está destinado a entrar en contacto directo con el cuerpo humano, sus condiciones geométricas son muy elásticas; tal sucede por ejemplo con una silla o con un violín. Pero la ciudad—que juega respecto al hombre el papel de continente a cierta distancia—debe ser toda ella geometría pura.

Esta obra de Le Corbusier es un canto al orden, a la recta estructuración que debe el hombre imponer, consciente de la necesidad en que se halla de tomar medidas para dar a lo múltiple caótico la indispensable unidad.

EL SENTIMIENTO

En esta línea de exaltación del orden, el autor se ve obligado a subrayar el carácter racional del sentimiento, que es—a su juicio—algo innato, una forma de intuición, la cual a su vez se halla más allá de las manifestaciones limitadas del instinto y puede ser definida sobre la sólida base de elementos racionales. La intuición

es la suma de los conocimientos adquiridos, así como el instinto es la suma de saberes adquiridos a lo largo de los siglos. "El sentimiento es una emanación del patrimonio cultural hecho memoria." "También el sentimiento tiene, pues, una base racional, es un fenómeno racional; es (...) aquello que merecemos."

La cultura se manifiesta a través de una toma de conciencia de los medios de que dispone, a través de una selección, una clasificación, una transformación. Con tal clasificación queda fijada la jerarquía de los sentimientos. Es natural que, tendiendo a la felicidad, tendamos hacia un sentimiento de equilibrio, pues equilibrio es dominio de los medios, visión limpia, proporción o—lo que es igual—creación.

El equilibrio debe ganarse a través de la lucha que lleva a la maestría en el manejo de los medios expresivos. De esta forma de dominio se desprende un sentido de calma. Por eso puede decirse que el espíritu creador se afirma donde reina la serenidad. Cuando se ejerce dominio, empieza el tiempo de creación, superado el de lucha. Y entonces se establecen medidas, orden, geometría, es decir, se concede la debida prevalencia a las formas más efectivas y fecundas.

Si todo sistema de formas revela el espíritu del que las crea, la línea recta y el ángulo recto son una clara manifestación de fuerza y autoridad. Donde reina la ortogonal se registran las épocas de oro de la Historia de la Humanidad. Trazando rectas, el hombre da prueba de haber tomado pleno dominio de sí y de entrar en el orden. Podemos, por tanto, afirmar que no se crean rectas por puro arbitrio; se llega a la recta cuando se es suficientemente maduro, seguro de sí, lo bastante lúcido para querer y poder ascender a esa cumbre que es la recta. En la Historia de las formas el momento de las rectas es un punto de llegada, pues constituye una manifestación plena de libertad.

Le Corbusier no duda en afirmar que el sentimiento típico de nuestro tiempo es el *espíritu de geometría*, espíritu constructivo y tendente a la síntesis, cuyas condiciones indispensables son la exactitud y el orden. Frente al Romanticismo, hoy preferimos la regla a la excepción, al individualismo arisco. Nos atrae lo bello en su vertiente universal, mientras lo bello heroico y desarraigado nos parece un episodio teatralesco. El hombre de hoy prefiere Bach a Wagner y el espíritu del panteón al de las catedrales.

El autor vuelve una y otra vez sobre su idea favorita: la conexión del orden, la función bien cumplida y la belleza. Así, respecto a la técnica, afirma que su belleza pende de la razón—creadora de orden—y del sentimiento. Allí donde se manifiesta la pasión de un hombre la obra está destinada a sobrevivir. El ingeniero, aparte de calcular, debe seleccionar formas y estilos, si quiere conseguir frutos de alta poesía. La ciudad necesita del cálculo, pero, si ha de perdurar, requiere algo más: la Arquitectura. Esta es la que confiere al mecanismo de la misma un *alma*, la indispensable elevación poética que requiere la vida humana.

Si la Urbanística es una ciencia que persigue el logro de la felicidad de los ciudadanos, su logro pende lógicamente del sentido de solidaridad de quienes la cultivan, de su comprensión y voluntad de servir a fines claros, constructivos, creadores. Con ejemplos tomados de Nueva York, Estambul, Venecia, etc., muestra el autor que las formas geométricas bien delimitadas producen armonía, bienestar fisiológico y gusto artístico, mientras el desorden es

causa de desajuste en el ánimo por no permitir satisfacer nuestra innata exigencia de *distensión*.

Para lograr dicha armonía debe atenderse a los dos postulados formulados por el abate Laugier en tiempos de Luis XIV: 1. Una composición rica de elementos en contrapunto. 2. Uniformidad en las cosas particulares con un sentido de la medida y del orden, así como dinamismo en el conjunto. Si esto se consiguió parcialmente en algunas ciudades (Brujas, Venecia, Pompeya, Roma, el París viejo, Siena, Estambul), en la actualidad se está muy lejos de tal ideal. El autor describe los problemas de las grandes ciudades actuales y destaca los escasos intentos de auténtica urbanización planeada que se han hecho. Compara las calles rectas de Pekín con las tortuosas de París, y afirma que las calles con "trazado de asno" al llegar la hora del maquinismo producen la asfixia de la gran ciudad.

Si se quiere lograr un conjunto armónico que fomente la libertad del hombre ciudadano y no la coarte, debe tomarse un modelo de construcción y uniformar las grandes líneas urbanas, como sucede en la plaza veneciana de San Marcos. Por otra parte, la naturaleza debe tener en la ordenación urbana un lugar muy señalado.

ESTADISTICA Y NOTAS

En el capítulo 8 facilita el autor gran cantidad de datos sobre el fenómeno que constituye una gran ciudad. No hay cosa más fría y más emotiva a la vez que las estadísticas, pues son implacables, no toleran subterfugios, se niegan a dejarse guiar por las anécdotas y se atienen con rigurosa ecuanimidad a las visiones generales incompasivas. Nada más importante, en consecuencia, que el cálculo estadístico cuando se trata de diagnosticar situaciones en extremo complejas, como la que implica la gran ciudad actual.

El capítulo 9 ofrece, a base de recortes de periódicos, una visión general de las previsiones tomadas en las últimas décadas para resolver los grandes problemas del tráfico rodado. Queda aquí en claro que la realidad arrolló los cálculos más amplios.

Después de reseñar en el capítulo 10 los medios de que dispone el hombre en materia urbanística, realiza el autor un análisis detenido de una ciudad contemporánea de tres millones de habitantes, haciendo diversas proposiciones en orden al hallazgo de una fórmula de urbanización perfecta. Amplio espacio está consagrado al estudio del *tiempo de trabajo* y del *tiempo libre*.

Los capítulos 14 y 15 están dedicados a ejemplificar lo dicho sobre el caso concreto de París. El capítulo 16 aborda el problema económico que implica la renovación urbanística.

Le Corbusier subraya que su intención en esta obra fue hacer una aportación *técnica* y dar *soluciones* claras, sea cual fuere su valor, en la conciencia de que no se revoluciona haciendo revoluciones, sino aportando soluciones.

Al final del libro agrega el autor un Apéndice sobre el organismo humano para que se reflexione y advierta cómo se armonizan en el mismo las partes individuales y las funciones. Lo maravilloso—concluye—consiste en la exactitud; lo duradero es la perfección. La vida está hecha de cálculo exacto. De esta exactitud—quisiera agregar por mi parte—, cuando no es sometimiento pasivo al cálculo, sino fruto del dominio que ejerce sobre el caos el espíritu dotado de verdadera intuición, surge el misterio de la auténtica poesía.